

oprime despiadadamente multitud de familias. La desconsoladora inquietud quiere y no puede rasgar el velo futuro, y la incertidumbre atormenta los ánimos. Todo, en fin, nos indica que pesa sobre nosotros, la justa cólera del cielo, y que la sociedad sufre uno de aquellos sacudimientos peligrosos con que se destruyen ó regeneran las naciones." Con estos antecedentes pasemos á reseñar la historia de nuestro teatro en 1832.

## CAPITULO XI

1832.—1833.

Con un alumbrado malo y escaso por haberse sustituido con velas de esperma muchos de los antiguos candiles de aceite; renegando de los peinetones de las señoras, que no permitían ver la escena á los que tomaban asientos detrás de ellas; maldiciendo de los desórdenes á que daba lugar la entrada libre del dulcero en las cazuelas de hombres y de mujeres; quejoso de los gritos del apuntador, á ello obligado por la semisordera de Bernardo AVECILLA, que representaba las comedias sin saber de memoria sus papeles; aplaudiendo á la Platero por bonita y por graciosa; celebrando á la Cordero por lo bien que se vestía y doliéndose de su extrema frialdad; encantado con las repetidas pruebas que de su talento daban la Dubreville, la Molina, la Martínez, la Munguía y la Flores, y González, Valletto y Fernández, nos pinta un revistero de la época el estado de nuestro Teatro Principal en principios de 1832, y en lo referente á su compañía de verso.

La de Opera Italiana continuaba siendo la favorita de ese público, al cual, en los primeros días de Enero, dió á conocer con el nombre de *La Inés*, la ópera en dos actos *Agnese*, del Maestro Paër. Los concurrentes, acostumbrados á las obras de Rossini y de Morlachi, no la recibieron con mucho agrado, salvándose de un fracaso gracias sólo á la perfecta ejecución que de ella hizo el excelente cuadro de artistas que Felipe Galli dirigía.

Agradó mucho más *El Matrimonio Secreto*, de Cimarroso, notabilísima en la invención melódica, pero muy débil en su instrumentación, basada toda en los más sencillos efectos. Esa obra, interpretada de un modo admirable en Europa por Rubini, Crivelli, la Todolini, la Strinassachi, la Amigo, la Damoreau, la Pasta, Raffanelli, Labla-

che y otros notables artistas de diferentes nacionalidades y teatros, no lo fué menos bien en nuestro Principal, al decir de los cronistas.

Pero el gran éxito fué para *Semiramis*, cantada el 20 de Febrero y repetida numerosas veces sin que el público se cansara de oírla. *El Registro Oficial* decía: "Las decoraciones, los trajes, todo ha sido correspondiente, y sin duda en la Opera Italiana de París no se mejoraría el lujo y la propiedad con que se ha montado en México la *Semiramis*. Así lo hemos oído con complacencia á extranjeros inteligentes y de gusto. En efecto, el templo y la estatua de Belo, el salón de mármoles verdes del alcázar, el salón regio, el interior del santuario, el exterior de la tumba de Nino, y la tumba misma, son tan bien ejecutadas, que producen la ilusión más completa á la vista, mientras que el alma se penetra del interesante argumento y de su apropiada música.

"En lo general todos han llenado su papel, y sobre todo las Sras. Pellegrini y Massini y el Sr. Galli; las primeras en los papeles de *Semiramis* y *Arsace*, y el segundo en el *Assur*, arrebataron muchas veces los aplausos del público. Cuando la Sra. Pellegrini ejecutó su parte entre el terror general que poseé á los espectadores por el trueno que interrumpe la unión de *Semiramis* y *Arsace* y por el apareamiento de la sombra de Nino, el entusiasmo de los aplausos casi no la dejaba concluir, y en verdad es imposible ejecutar con más inteligencia el excelente trozo que comienza *Qual morto gemito—Da quella tomba*. La sangre parecía helarse en las venas de los espectadores al oír los dos versos *Il sangue gelasi di vena in vena*, que hace parte de la misma estrofa.

"Iguales aplausos mereció en el dúo del segundo acto con la Sra. Massini, y el primero de ésta con el Sr. Galli. Sería demasiado prolijo enumerar todas las bellezas de primer orden que ofrece esta brillante composición; pero no podemos excusarnos de citar la cavatina de la Sra. Massini *Ah quel giorno ognor rammento*. . . . el aria coreada de *Semiramis*, *Bel raggio lusinghier*, el dúo de ésta y de *Arsace* y todo el final del primer acto, que es una obra maestra.

"En el segundo acto el dúo entre *Assur* y *Semiramis*, que comienza *Se la vita ancor te caro*, y en especial la parte del mismo dúo que comienza *La forza premiera*. La propiedad con que la Sra. Pellegrini hace esta clase de papeles, brilla principalmente en este pasaje, y, ciertamente, la Reina *Semiramis* en su palacio no podría decir con mayor fuerza y dignidad *Regina e guerriera punirti sapró!* Es excelente y perfectamente ejecutada por la Sra. Massini el aria coreada *Si, vendicato el genitore*. No gustó menos la grande escena y aria de *Assur* antes de bajar al sepulcro de Nino. El dúo entre *Semiramis* y *Arsace* *Giorno d'orrore* excitó el mayor entusiasmo, expresado por una triple salva de aplausos, particularmente al *E dolce al misero*. El último

terceto entre éstos y *Assur, L'usato ardir...*... *el mio valor dov'è?* es, igualmente, trozo excelente y bellísimamente ejecutado.

“Los coros merecen una mención particular, pues que en ninguna otra ópera se han ejecutado mejor que en la *Semíramis*, siendo de tanto más aprecio su buen desempeño, cuanto que en ésta son mucho más difíciles. También merecieron, en justicia, ambas orquestas, los elogios del público, haciendo un efecto muy mágico la música militar tras de las decoraciones. Sólo nos falta recomendar que se remedien pequeños defectos para completar en todas sus partes el espectáculo más magnífico que ha visto nunca México.”

La entrada de la Cuaresma detuvo esa sucesión de triunfos, á los que se mezclaron el éxito de Mr. Crombé, uno de los bailarines contratados en Francia, “debido—habla *El Registro*—á su excelente ejecución llena de gracia y finura, y á su buena presencia,” y el *duelo de multitud de personas*, causado por el fallecimiento del *Gran Elefante del Mogol*, que venía siendo exhibido, de algunos meses atrás, en las plazas de toros. Los periódicos noticiaron así esa *catástrofe*: “El elefante que por muchos días ha atraído la atención de México, murió ayer 12 de Abril. Creése que la causa haya sido la enorme cantidad de alfalfa que consumía y que es muy dañina cuando se da húmeda. La Administración del Museo quiso comprar el cadáver; pero no lo hizo por lo exagerado del precio de mil quinientos pesos que pidió su propietario.”

Al acercarse la Pascua y disponerse la formación del cuadro de verso, se suscitó la discordia entre los inquietos cómicos. “Sabemos—dijo *El Sol*—que las Sras. Molina y Dubreville están contratadas para la temporada entrante; el Sr. Martínez y su esposa, la Sra. Platero, el Sr. Evaristo González y el Sr. Fernández lo están igualmente; pero el Sr. Salgado y la niña Cordero no han querido comprometerse. Dícese que el Sr. Salgado se rehusa á que el Sr. AVECILLA le dirija, y aunque á éste no se le pueda conceder el don acertado de la dirección, pues se le han visto cosazas atroces, no debía ser esto un pretexto para la repugnancia de aquél. Uno y otro merecen recibir lecciones del memorable Prieto, y también del Sr. Garay, que en cuanto á Director, los sobrepaja ventajosamente. No hemos conseguido averiguar en qué se funda la repugnancia de la Corderito, y si insiste, perderá mucho del mérito adquirido y podrá sucederle lo mismo que á la niña Munguía, que llegó á ser tan interesante por su aplicación en tiempo del Sr. Prieto, con el que adelantaba prodigiosamente; después se marchó á Puebla y olvidó mucho de lo que sabía y se atrasó lastimosamente en su carrera.

“Insistimos sobre la necesidad de que se contrate á Prieto y á Garay: el primero de estos dos actores, único seguramente hoy en su línea en los teatros españoles, ha dado en mejores días el más puro

placer á los espectadores nacionales y extranjeros que han concurrido al nuestro, con su rara habilidad.

“Prescindamos del defecto de la dureza de su carácter personal, con que lo han tachado nuestros cómicos mexicanos; considerémosle como actor célebre y pongamos fuera de duda que su presencia aquí es de absoluta necesidad, si se quiere disfrutar de las escenas de la vida, representadas por el arte dramático. ¿Podremos olvidarnos por ventura del *Si de las niñas*, del *Anciano y los jóvenes*, del *Solterón y su criada*, del *Opresor de su familia*, de *Misanropía*, del *Hombre agradecido* y de tantas otras piezas en que aquel hombre singular arrebató nuestra admiración y conmovió nuestra sensibilidad en toda clase de afecciones?

“Mas no se limita á esto sólo su relevante mérito: él también formaba actores con sus lecciones y ejemplo. Ya lo vimos en la joven actriz Guadalupe Munguía; lo hemos palpado igualmente en nuestro Salgado, cuya nimia decisión por imitar las maneras de aquel maestro, le hacen incurrir en un extremo que deslucen su natural habilidad. Si Prieto hubiese permanecido en nuestro teatro, Salgado sería hoy un acabado actor; la joven Cordero se habría formado á los golpes de aquel duro cincel, y movería á sus oyentes no sólo con el atractivo de su bella figura, sino con el imperio de su voz y de su modo de expresar las pasiones. Pero ahora, ¿qué es esta novel actriz?: una hermosa figura de mármol, fría como él é incapaz de excitar ninguno de los sentimientos del poeta, cuyos conceptos simplemente relata. La joven Munguía nos servirá de prueba para lo que acabamos de afirmar; todos la vimos y admiramos cuando nos manifestó los adelantos de una tan sabia dirección.

“Así es que considerado Prieto ya como actor, ya como director y maestro, es absolutamente preciso en nuestro teatro, si es que en él han de presidir el buen gusto y el juicio. ¿Quién podrá imaginar que los Sres. AVECILLA y González, ni separados ni los dos juntos, sean capaces de reemplazar á Prieto? Hemos visto ya lo que es AVECILLA; de las diez comedias que nos da, las nueve causan sueño: los caracteres que puede desempeñar con acierto son muy pocos, y carece del don de dirigir y de aquel espíritu creador de Prieto. Si hubiésemos sido únicos gobernantes en nuestra patria, ese hombre no habría salido de ella, pero las cosas van como quiere la suerte, y Prieto salió de aquí dejando nuestro teatro á oscuras. Mas ya que aun existe, ¿por qué no se le hace volver? Nosotros daríamos por él tres AVECILLAS.

“Garay ha dado igualmente muestras de su habilidad en los tiempos anteriores. Su mérito no es comparable al del primero, porque también es de otro género. La tragedia carece de órgano para hacerse entender entre nosotros desde que falta este actor. Su dirección contribuiría á que en nuestra escena se viesen piezas dignas de la ilus-

tración del siglo, y á que se ahuyentasen de ella los insulsos é inmundos farragos con que se ve prostituida. Su parte material también se mejoraría, pues de nada sirve que nuestro hábil pintor Tamayo se quemase las cejas para dejar bien acabada una decoración, si el director no sabe presentarla ni tiene gusto para fingir ciertos fenómenos, como los relámpagos, para los que allá va un puño de brea encendida por entre los bastidores, y á la vista del espectador . . . . .”

Este artículo del antiguo y acreditado periódico, tributaba, aunque tardíamente, á Andrés Prieto, la justicia á que era acreedor y muchos habíanle negado en otro tiempo, y á la vez produjo uno de los efectos que con él se buscaban, pues Diego María Garay fué contratado para compartir la dirección con Bernardo Avecilla. Esto pudo hacerse, gracias á haberse separado de la gerencia del teatro el Coronel Barrera, que de ella hizo dimisión en 3 de Mayo, por medio de un oficio en el cual con vivos colores pintaba los disgustos, burlas y aun insultos de que venía siendo blanco por parte del público en general, y de los abonados en particular. El Gobierno aceptó la renuncia, y encomendó la dirección de la Empresa á una junta formada por los Sres. D. Francisco Fagoaga, Dr. D. Francisco Antonio Cendoya, Coronel D. Eulogio Villa Urrutia, D. José Pizarro y D. José María Gutiérrez Estrada.

A esa Junta tocó presentar al público, y en 7 de Junio, á la bailarina Amada Gueno, contratada para nuestro teatro por el Cónsul mexicano en París, D. Tomás Murphi, según se anunció en los programas respectivos, sin que nadie se asombrase de este nuevo oficio de nuestros empleados consulares. Amada Gueno agradó mucho, y con el muy aplaudido Crombé hizo las delicias de los numerosos aficionados á este género de espectáculos, que entre sí cuotizaban á altos precios las lunetas laterales y las más próximas al escenario para recrearse de cerca con los menudos pies de bailarinas y actrices.

Citaré, para conocimiento de mis lectores, las principales obras llevadas á la escena por los cuadros de ópera y de verso del Teatro Principal, bastante favorecido por el público, para poder dar, como daba, sin interrupción, función diaria. Constituyeron el repertorio de Gallí y sus excelentes artistas, *La Cenicienta*, *Mahometto II*, *El matrimonio secreto*, *Tebaldo é Isolina*, *Clotilde*, del maestro Coccia; *Semiramis*, *La Inés*, *Tancredo*, cantada por primera vez por esa compañía el 4 de Agosto; *Torbaldo y Dorlisca* y *Elisa y Claudio*.

El cuadro de verso representó *Malek Adhel*, del Duque de Rivas; *Treinta años ó la Vida de un jugador*, estrenada en 11 de Mayo; *Tartuffo*, *La Villana de Vallecas*, *El Barbero diplomático*, *El carpintero de Lvonia*, *Las tres hijas de la viuda*, *El Babú*, *La escuela del gran tono*, *La Mogigata*, *Don Dieguito*, *Los falsos hombres de bien*, *El desdén con le desdén*, *El pastelero del Madrigal*, *Los hijos de Edipo* y otras

cien más ó menos conocidas ya, de varios géneros y autores diversos.

De los grandes bailes, el más aplaudido fué el titulado *Los vendimiadores del Medoc*.

A veces los programas iban precedidos de advertencias explicatorias de la razón por que eran representadas algunas piezas. Al anunciarse los ensayos de *Treinta años ó la Vida de un jugador*, la Empresa dijo: “Las repetidas cuestiones y disputas literarias entre clásicos y románticos, reducidas á criticar los primeros las monstruosas composiciones dramáticas que por desgracia han infestado la escena, particularmente las tituladas melodramas, y la obstinación de los segundos pretendiendo probar que guardando las unidades que prescriben las reglas del arte, no es fácil interesar al público con los argumentos, fueron poderosas razones para estimular á Víctor Decance á presentar en uno de los teatros de París el furibundo melodrama de que se trata, lo que verificó no sin un justo recelo de que fuesen infructuosos é incapaces sus trabajos de contrarrestar los esfuerzos del partido contrario. Pero muy pronto quedaron desvanecidos sus temores, pues en el momento que Decance concluyó su composición y el público de París se penetró del plausible objeto de su argumento, reducido á manifestar los males que acarrearán á las familias las innumerables casas de juego que, con autorización del Gobierno, hay en París, los empresarios de éstas se apresuraron á ofrecer á Decance cuarenta mil francos porque no la diese á luz; pero él, constante en su propósito, despreció la oferta y el drama se puso en escena. El efecto que causó en París fué tal, que se dieron cien representaciones consecutivas, consiguiendo por este medio el saludable fin que había concebido, pues el horror que inspiró esta pieza á los habitantes de París fué de tal naturaleza, que visiblemente se hizo sentir el ejemplo, disminuyéndose considerablemente el número de aficionados á los juegos llamados *imperial* ó *ruleta*. Es necesario confesar de buena fe, que el drama es disparatado, pero al mismo tiempo brillan en él escenas de mucho interés, y la prueba de esta verdad se halla corroborada con la aceptación que ha merecido en todos los teatros de Europa en que ha tenido lugar su representación.

“Para que en el de esta Capital, cuyo delicado gusto se manifiesta cada día más y más á manera que se le proporcionan ocasiones de ejercitar su juicioso criterio, la Empresa y el Director de escena Avecilla no han perdonado gasto ni fatiga alguna para ofrecerla con todo su teatro correspondiente, esperando por premio de sus desvelos la aprobación de un público á quien por tantos títulos son deudores del más grande reconocimiento.”

Nada, digno al menos de especial mención, queda por decir en cuanto á espectáculos de ese año, como no sea la separación de Finaglia de la Compañía de Opera, y la presentación del jugador de manos

Mr. Wiess en el salón del Café de la Gran Sociedad, pocos días después del susto mayúsculo que dieron á la Capital las tropas del Gral. Santa-Anna, contra el que los poetas jalapistas vertieron las siguientes décimas:

“Cual un Proteo descarado  
Santa-Anna á su patria aflige,  
no hay sistema en que se fije,  
nada para él es sagrado.  
Si á Pedraza ha proclamado  
en su actual revolución,  
no lo hace de corazón,  
lo aborrece en su alma impura,  
su conducta lo asegura;  
él contrarió su elección.

“¿Hasta cuándo tu ambición,  
Santa-Anna cruel, inhumano,  
nos dejará de su mano  
y cesará su opresión?  
El clamor de la nación  
se levanta contra ti:  
infeliz, triste de mí,  
dice la patria afligida,  
tú me has quitado la vida,  
yo á tu muerte doy el sí.

“No te bastan los millares  
de hombres que has sacrificado  
á tu soberbia, malvado,  
y has hecho llorar á mares.  
Juro al fin por nuestros lares,  
que tu ambición refrenada  
será por la invicta espada  
del virtuoso Bustamante;  
Santa-Anna, llega el instante,  
teme á la patria enojada.

“En Zumpango te has metido  
Santa-Anna, cobardemente;  
nada tienes de valiente,  
sí de traidor fementido.  
Tu vida un tejido ha sido  
de sorpresas y patrañas;  
las maldades más extrañas  
fueron y son tus laureles:  
así es como los lebreles  
manifiestan sus hazañas.

“Nunca en campo raso dieras,  
Santa-Anna, nunca, batallas,  
pues con ellas mal te hallas  
y sabes pegar carreras.  
Pero siempre entre barreras  
eres valiente atrevido,  
lo mismo con el vencido,  
porque esto es propio de tu alma:  
nunca disfrute de calma  
tu corazón pervertido.

“Rodeado de las pasiones  
y lleno de criminales,  
á tu patria muchos males  
has dado con tus legiones.  
En todas las ocasiones  
que se ha alzado rebelión,  
de la infamia el cruel pendón  
tú el primero has colocado:  
cesa de vivir, malvado,  
no alcances de Dios perdón.”

Ningún resultado práctico dieron esas maldiciones, sin duda porque por lo detestable de los versos la Providencia no quiso oírlas, y Santa-Anna, armado del triunfo por los convenios de Zavaleta, entró en México el 2 de Enero de 1833, é instaló en la Presidencia á Gómez Pedraza, quien en 16 del dicho mes decretó que se diera cumplimiento á la ley de 20 de Marzo de 1829, que expulsaba de la República á los españoles no exceptuados. El decreto de Pedraza, publicado por su Ministro de Relaciones y de Guerra D. Bernardo González Angulo, era amplio en excepciones, acordándolas á los casados ó viudos que tuviesen hijos mexicanos y á los naturalizados en naciones amigas; pero tenía un art. 4.º que le facultaba á expedir pasaporte á cualquiera de los mismos exceptuados, siempre que su permanencia en el país fuese calificada de perjudicial al orden público, facultad discrecional de que se quiso armar al poder para todos aquellos casos en que creyese conveniente hacer uso de ella. Una vez obtenida, el Gobierno no se dió prisa alguna á cumplir esa ley, que, aunque fechada el 16, no vino á publicarse sino diez días más tarde, porque Santa-Anna no quiso que lo fuese hasta después de haberse él retirado á su hacienda de Manga de Clavo, para la que salió el 21 de Enero, con el propósito firme de aparentar que no tomaba parte en ninguna de las medidas extremas de la reacción liberal, que tenía que ser resultado del triunfo de los enemigos de la opresora administra-

ción de Bustamante, y ganarse así las simpatías de las clases privilegiadas, únicas que podrían proporcionarle elementos de engrandecimiento. Ese doble juego había de verse coronado por el más completo éxito; por lo pronto, á los liberales debió su elección para la Presidencia de la República, á la que en 30 de Marzo fué elevado por declaración de las Cámaras y por los votos de diez y seis Legislaturas, de las que once sufragaron por D. Valentín Gómez Farías para la Vicepresidencia. La crítica de estas elecciones y de estos manejos la hizo un insolente impreso publicado, al estilo de la época, con un epígrafe ó título, que decía:

“Esta es la verdad pelada,  
tan pícaro es Bustamante  
como Pedraza y Santa-Anna.”

Comunicada al hacendado de Manga de Clavo su elección, el hábil Proteo político, como ya era y siguió siendo llamado, contestó afectando desinterés, ó quizás porque así lo hubo ofrecido para ganarse partidarios, que su salud delicada no le permitía por entonces pasar á México á encargarse de la Presidencia, de la cual, en 1<sup>o</sup> de Abril, se encomendó Gómez Farías como Vicepresidente.

En esos primeros meses de 1833, el Teatro Principal no había interrumpido su serie de diarias representaciones, sin ofrecer el cuadro de ópera otra novedad que la intitulada *Federico Segundo de Prusia*, entre numerosas y bien aceptadas repeticiones de *Tancredo*, *Clotilde*, *Mahometto*, *La Urraca*, *Semiramis*, *Torbaldó*, *Elena y Claudio*, *Tebaldo* y *La Cenicienta*. El cuadro de verso repitió su repertorio común y corriente, con especialidad las obras de Bretón de los Herreros. En la Plaza de toros de la Alameda, convertida en circo de equitación, Mr. Green se atrajo al *todo México* con su aplaudida escena de *El soldado borracho* y su pasatiempo famoso el *Guardarropa volante ó las modas de las señoras de México*, y su celeberrimo salto sobre ocho caballos *pasando por un globo de fuego elevado á diez y seis pies del suelo*.

Vinieron después la interminable serie de alarmas y agitaciones provocadas por las avanzadas medidas reformistas de Gómez Farías; el pronunciamiento de Escalada por *Religión y Fueros* en Morelia; la extrañísima aventura de la prisión de Santa-Anna, por sus mismas tropas rebeladas con Arista; y la mentadísima ley *del Caso* que abrió las puertas del destierro á elevados personajes del partido conservador. En medio de todo ese desorden, cuyos mil y un incidentes, todos graves, no puede detallar un libro como el mío, tuvo lugar en México la aparición del *cólera morbus*. La terrible enfermedad entró en la República por Tampico; de allí saltó á San Luis y Guanajuato

á mediados de Junio, produciendo verdaderos estragos en la hacienda del Jaral. En la ciudad de México se dió el primer caso el 6 de Agosto, y en sólo el día 17 de ese mes, murieron *mil doscientas diez y nueve personas*. Mientras el *cólera* devastaba la Capital, Gómez Farías secularizaba misiones, se incautaba de sus bienes, suprimía la Universidad, relevaba á los fieles de la obligación de pagar diezmos, y á los religiosos de uno y otro sexo del cumplimiento de votos monásticos; disponía la nulidad de cuantas operaciones hiciese el clero con sus bienes, que debían estimarse como propiedad nacional, y licenciaba los cuerpos de tropas permanentes y activas que se hubieran sublevado contra el sistema federal. Tan continuados ataques á lo hasta allí sagrado é inmutable, y el crecimiento del *cólera*, dieron de través con el buen humor de todos, y mataron el ansia de diversiones, que vinieron á caer en profundo abatimiento. La ciudad se vió convertida en un vasto hospital y lugar de duelo, y espantaba la frecuencia, ó mejor, continuidad con que atravesaban en todas direcciones calles y plazas los conductores de cadáveres, los más sin acompañamiento ni pompa algunos. Pocos iban metidos en ataúdes, los más envueltos en sábanas ó *petates*; los sepultureros huían del oficio, aterrados al ver á muchos que se les entregaban como cadáveres, levantarse demacrados pero vivos, en el instante de ir á ser depositados en las fosas. Por donde quiera que se tendiese la vista, sólo descubriáanse fúnebres comitivas, personas vestidas de luto y semblantes doloridos y desolados. “Entrábamos en los templos, cuyas campanas, por orden de la autoridad, estaban mudas — dice D. Carlos Bustamante — y sólo oíamos preces, letanías y ruegos fervorosos al Señor Sacramentado, implorando misericordia: las casas de los particulares semejaban monasterios, ya por la sobriedad con que se comía, ya por los rezos regulados á ciertas horas del día y de la noche, teniendo el primer lugar el *Rosario de la Buena Muerte*, que por momentos esperábamos oírlo á las cabeceras de nuestras camas. . . .

“Las golondrinas huyeron de aquella atmósfera envenenada. . . . En el laboratorio químico de Minería se hizo el análisis del agua que bebíamos en México, y resultó que abundaba en gas *hidro-sulfúrico* y que era necesario hervirla para tomarla. . . .

“Al terror causado por la epidemia en sí misma, se unió el que causó el sinnúmero de procesiones, de rogativas que invadían las calles, procesiones que los devotos veían pasar postrados en tierra y pidiendo á voces misericordia y perdón de culpas que sin ningún secreto publicaban á gritos, entre patéticos sollozos, ayes y lamentos de toda especie, sin que las autoridades se atreviesen á impedir aquellos actos que, en último resultado, refluían en mal público, propagando la alarma, por temor de concitarse la animadversión general que atribuía aquella plaga á castigo que la Providencia enviaba sobre los mexi-